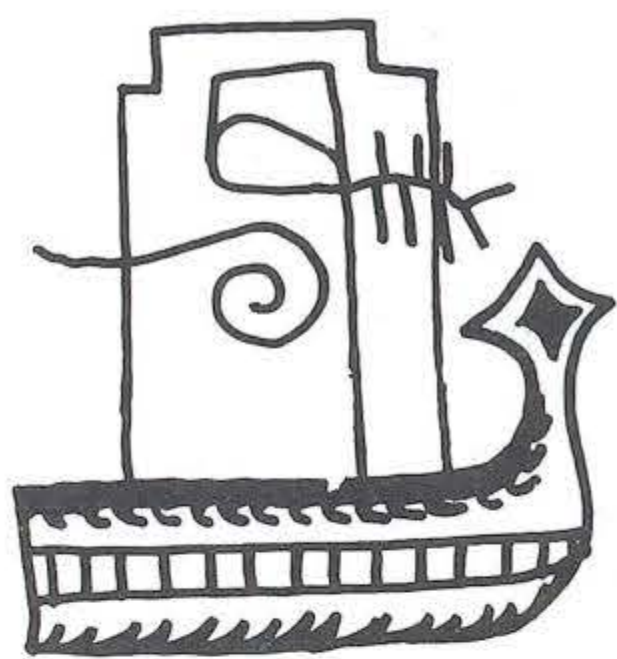


sivas crisis nerviosas y persecutorias que lo derrumban y lo llevan al final, a una demencia presenil. A todo esto asiste Virgilio, uno de los personajes más intensos y logrados. Es el hijo de la violencia y desde temprano su mirada se encontró con el paso de los muertos, que imprimieron a su carácter interioridad y afán de dar testimonio de lo que habían sido su vida familiar y la del país: se anuncia un escritor. La novela termina en los meses posteriores al asesinato de Gaitán y a la muerte de Rubelio y Sola.

Una y muchas guerras, pese a que recordar una etapa sombría de la vida colombiana, deja intersticios por donde se intuye la esperanza y el futuro.

Es la primera novela de Alonso Aristizábal, autor de tres libros de relatos: *Sueño para empezar a vivir*, *Un pueblo de niebla* y *Escritos en los muros*, además de reseñas y ensayos de crítica literaria.

SONIA NADHEZDA TRUQUE



“Un peregrinaje por lugares comunes de la vida” (y de la literatura)

Tuyo es mi corazón

Juan José Hoyos

Editorial Planeta, Bogotá, 1984, 470 págs.

Una de las críticas injustificadas que se le han hecho a *Tuyo es mi corazón* es la de la no correspondencia de los lugares descritos con la topografía real del barrio Aranjuez. Injustificada por extraliteraria: el escritor — como todo artista —, una vez trazados

los linderos de su microcosmos, es dueño y señor del espacio que acaba de fundar, y puede disponer a su arbitrio de lugares y personajes. Sólo se le exige que conozca a fondo las leyes inflexibles y complejas que gobiernan su arte, y por ende, que maneje con destreza los elementos artesanales del mismo. Aunque Toledo pintado por el Greco dista mucho de ser un calco topográfico del Toledo real, no por eso se ponen en duda sus calidades pictóricas.

No; los desaciertos de *Tuyo es mi corazón* son de orden literario. Cuando un lector se ha dejado fascinar por ese canto de sirena de tranquila poesía que es la página inicial, puede concluir erradamente que los protagonistas del libro serán Carlos, Diego, Jairo o La Belleza. Pues aunque la figura de Carlos parece ser el hilo conductor de la narración (excepto en el capítulo 24, donde se interrumpe para poder insertar la secuencia de la masturbación de Salomé), unas páginas después comprobará que los verdaderos personajes centrales son unos cuantos lugares: la calle de los guayacanes, el teatro, el salón de belleza de la mamá de Miriam, la iglesia de San Cayetano, el cementerio de San Pedro (evocado con parca maestría), el parque... El autor se engolosina especialmente en la recuperación, morosa y amorosa, de las mil y una chucherías que conforman la tienda de don Manuel, la peluquería de Saúl y las tareas entre bambalinas del sacristán, resultando de allí un políptico a la manera de los costumbristas decimonónicos que registraban en sus *cuadros* — verdaderos daguerrotipos verbales — la mera superficie, opaca o bruñida, afelpada o áspera, de las cosas. La reconstrucción arqueológica — que se inicia en un Medellín idílico y parroquial donde se refugian los campesinos expulsados de su terruño por la violencia política, y concluye (tras la eclosión de los Beatles, la minifalda, las melenas rebeldes de los muchachos, la gradual arremetida de la sociedad de consumo con sus ofertas irresistibles) en una ciudad sobrecogida ante la inseguridad, el dinero fácil y las *vendette* de las mafias — se pierde en

una exhaustiva aglomeración de datos que a veces alcanza extremos exasperantes (la página 333 nos informa la marca del inodoro de la casa de Carlos) y por lo mismo no llega a ahondar en los fenómenos expuestos. A la altura del capítulo 27 dice Carlos: “Esto parece una conversación de extraterrestres”. Y eso es, en último término, lo que parece la obra: una estéril transcripción, melcochuda a fuerza de color local y para uso exclusivo de marcianos, de situaciones y diálogos banales de una pequeña comunidad terrícola. No se nos oculta nada: desde el número de veces que ciertas figuras humanas visitan el sanitario, hasta el argumento completo de la película musical argentina *Mi primera novia*, pasando por una serie interminable de referencias a productos, equipos de fútbol, programas radiales, conjuntos musicales, periódicos, flotas de taxis, heladerías, etcétera, etcétera, etcétera, con retazos de canciones de toda laya intercalados aquí, allá y más allá, hasta un grado insufrible de saturación. La nostalgia como tema artístico ha producido películas y libros memorables, pero no hay que confundir *tema* y *tratamiento* del tema.

Los personajes humanos son otro cantar. En su mayoría, tal vez con la sola y fugaz excepción de La Belleza, son contornos casi vacíos, carentes de evolución y relieve, fichas que hablan igual y actúan igual. Salvo Jairo, que escupe sin tregua, y Salomé, que no larga de la boca el vocativo *bizcocho*. (Curiosamente, si bien la acción dice transcurrir en la segunda mitad de los años sesenta, los muchachos se expresan en la jerga inconfundible de 1980 y pico. Los reniegos ni siquiera han sido transcritos con exactitud). Después de ser brutalmente golpeado por Carlos en el capítulo 18, La Belleza es cómodamente transferido a los Estados Unidos, sin duda para evitar un enfrentamiento en el que Carlos sería la guayaba madura, y La Belleza el toche. Reaparecerá al final del libro, y la descripción de su nuevo *look*, y su lacónica respuesta (“Me entronqué con una gente que tiene

RESEÑAS		NARRATIVA
mucha plata”), dicen mucho más de la fermentación de la nueva clase social que empieza a bullir que la balacera cinematográfica del capítulo 25, incluso más que la muerte de Salomé. Y aunque se supone que los muchachos de la barra andan por los últimos años de bachillerato, ni un sólo episodio transcurre en clase o en el liceo; ni siquiera por equivocación se alude a las relaciones con profesores o compañeros de curso: apenas una nebulosa mención novembrina de los exámenes finales. En el plano <i>artesanal</i> –por llamarlo de alguna manera– se presentan reiteraciones, énfasis, pleonasmos (“<i>Con sus ojos miraba la piel cada vez más cuarteada de los árboles</i>”, pág. 25), descuidos (en el pecho de un cristo se dibujan sus <i>vértebras</i>, pág. 458; en el capítulo 24 menciona el <i>estómago</i> blanco de la desnuda Salomé, como si tuviera las vísceras al descubierto); se <i>fabrica</i> de todo: música, las ruedas de un viejo Ford (pág. 282), vetas verdes en una pared, los aguaceros (pág. 292), montes artificiales, unas almohadas (pág. 357); zumban como moscas importunas ciertas palabras: todo es empalagosamente <i>dulce</i>, casi todo es un <i>ritual</i>, muchas cosas son <i>ignominiosas</i>; se destruyen momentos muy logrados con aclaraciones que pecan por obvias: “El momento era solemne” (comienzo del capítulo 10), o las glosas sobre Spinoza y su <i>Ética</i> (pág. 366), cuando ya se había sugerido que se trataba de “un oscuro judío que en su juventud había tallado diamantes” (en realidad, había pulido lentes); llueve en la página 200, y se escucha sin falta la obligada canción de Armando Manzanero. Valga una muestra final de imagen infortunada: se nos dice de Carlos que, “recién motilado, su cabeza era como esos establos a los que se les han caído algunas tejas, y donde los animales no atinan a encontrar dónde guarecerse”. El sobreentendido es fatal para el personaje. ¿Simples minucias? Puede ser. Pero una piedrecita también lo es, y nadie se la aguanta entre un zapato. No se concluya de lo anterior que <i>Tuyo es mi corazón</i> carece de cum-	bres de evidente valor estético: en Juan José Hoyos palpita, antes que un periodista, un poeta. Véase este remanso de brusco lirismo: <i>La esquina se había vuelto, con la noche, un charco de luz. Dos bombillos y una lámpara dejaban caer sobre los muchachos un chorro amarillo que se regaba sobre la acera, formando un pequeño lago dorado en el que todos cabían de pie.</i> (pág. 39). O el párrafo final del capítulo 16, que plasma con tintes maestros la sombría correlación externa del estado de alma de Carlos: <i>Y, olvidado de todos, abandonado hasta por los relámpagos, siguió caminando sólo bajo el aguacero, mientras veía desaparecer su barrio definitivamente, como un barco que se hundía en medio de la tempestad.</i> Mucho se ha comparado el amor con la guerra, pero pocas veces con la eficacia de esta imagen inolvidable: <i>Era como si acabara de terminar una batalla. Después de los tiros y la pólvora, ahora solamente quedaba el viento, que recorría de un costado a otro el campo, sacudiendo las banderas desgarradas. llevando la paz a los rostros yertos de los combatientes que habían caído durante la refriega.</i> (págs. 388-389). Es preciso destacar, entre otros hallazgos gratificantes, la escena (pág. 25) en que Carlos, Jairo y Diego –con muchas cervezas entre las costillas– orinan en la vía pública, y sus <i>aguas menores</i>, al formar un solo arroyo, se convierten en metáfora y símbolo de fraternidad; el escarnio de que es víctima el Pelusa (capítulo 18), cuyos antecedentes ignora Carlos e ignora el lector; los dos <i>tiempos</i>, interior y exterior, de la embriaguez de Carlos (pág. 246); la inesperada irrupción del enano en el lúgubre lupanar de Lovaina, digna de un delirio felliniano. Libro esencialmente púdico	(pese al capítulo 24, con sus ya mencionadas concesiones a un erotismo fácil y traído por las greñas, y pese también a los sapos y culebras que los cuatro compinches escupen a diestra y siniestra), elude la estridencia de los reflectores en los pasajes de la iniciación sexual de Diego a manos de una ramera barata, el onanismo de Carlos, la relación carnal de Diego y la hermana de Miriam. Juan José Hoyos habría logrado una obra de mayor coherencia si, en lugar de lanzarse prematuramente al ruedo con una novela desvertebrada, hubiera escrito una colección de cuentos con el mismo entorno y los mismos personajes: las situaciones expuestas habrían ganado en intensidad y brillo. Así y todo, no hay duda de que nos hallamos ante una figura promisoria de las nuevas letras colombianas. No se puede dejar pasar en silencio el traganíquel de Karen Lamasonne, que ilumina la portada con expresiva simplicidad. HUMBERTO BARRERA O. El recuerdo de nuestros días de la ira Los años del tropel. Relatos de la violencia Alfredo Molano Naciones Unidas, Fondo Editorial Cerec-Cinep, Estudios rurales latinoamericanos, Bogotá, 1985, 292 págs. Alfredo Molano, autor de <i>Los años del tropel</i>, siente una encomiable aversión por el mero recuento estadístico en la evaluación de un proceso social tan complejo como lo fue el de la violencia desatada en el país